

Memorialistas & Viajeros In Memoriam Claude Lévi-Strauss

Bartolomé Leal, desde Santiago

La noticia con la muerte de Claude Lévi-Strauss, a pocos días de cumplir 101 años, me produce una gran congoja, aún sabiendo que a tal edad llega la hora de abandonar este mundo: es el destino de todos. Pero este colosal filósofo, antropólogo y lingüista francés (aunque nacido en Bélgica, como Simenon), fue un acompañante tan importante en mi modesta vida de escritor, que su extinción me deja una honda sensación de vacío.

Fue suya la antropología que leí y asumí, como aficionado un tanto palurdo. No me interesaba la otra, la tradicional: aquella de las descripciones frías de colores de piel, formas de nariz y proporciones óseas. Imágenes atemporales, congeladas, falsas, que siempre me provocaron sospecha y donde intuía visiones racistas, propósitos deshonestos. Pero sí me interesó la visión de este hombre sabio que tuvo por pasión las sociedades primitivas de la época en que le tocó vivir. No para justificar a su propia sociedad civilizada, sino para entender a los mismos sujetos de su análisis.

No dejó de asombrarme, además, que Lévi-Strauss construyera su pensamiento sobre la base de tres grandes corrientes de pensamiento, vigentes durante el siglo XX: el materialismo dialéctico de Marx y Engels, el psicoanálisis de Freud y Jung, y la semiología de Saussure. Todos estos insumos se hallan en su sistema. Fue la suya una síntesis rigurosamente atea, científica y racional. Nada de construcciones engañosas al servicio de una u otra enseña del poder. Él sabía que en las mentes de esas inteligencias poderosas se habían incubado conceptos fundamentales para huir del oscurantismo, adobado sobre todo por las religiones.

Pero al pasar de uno a otro de sus libros, desde los conocidos *Antropología Estructural* y *El pensamiento salvaje*, de tan clara orientación pedagógica, descubrí más tarde un libro suyo anterior, *Tristes Trópicos*, relato de una serie de viajes por Brasil y que significó para él algo así como la conversión a la antropología. Lo publicó a los 45 años. Un libro que es ajeno a todo acartonamiento académico, que renuncia a cualquier imposición ideológica cuando se trata de gozar del mundo real, que muestra una profunda compasión frente a esas sociedades primitivas que se extinguen, que se rebela frente a la brutalidad implacable del progreso. Pero Lévi-Strauss es ajeno a la prédica o a los derroches sentimentales. Va analizando con método lo que ve, escuche, huele y toca. Distante como esos sabios metidos en las caravanas o los serrallos, pero atento a todos los signos. En esos mundos poblados precisamente de signos herméticos, no todos ellos lingüísticos.

Tristes Trópicos es uno de los más bellos libros de viaje jamás escritos. Para mí fue una revelación, ya que al momento de su lectura, y en tanto estudiante de ingeniería, realmente no sabía como encarar un viaje. Me repugnaba la visión abyecta del turista de las películas o de las playas, un ser ridículo, ignorante y despistado frente a una realidad que le resbala, y a la cual no sabe retribuir lo que le ofrece en diversidad, colorido, acogida o cultura. En la rica tradición de los viajeros del siglo XIX, Claude Lévi-Strauss

con sus lentes de miope, sus queridas máquinas fotográficas, sus grabadoras portátiles y sus cuadernos de apuntes, recoge incansablemente los mensajes de sociedades que él sabe van a morir en plazo breve. El resultado es una prosa refinada, limpia y serena, con la fuerza de un relato y la seriedad de un testimonio. En eso consiste el viaje...

Luego vendrá la lectura de las *Mitológicas*. Una serie de libros que recopilan mitos, sobre todo de las tribus amazónicas, aunque también de otros lugares, utilizando la metodología de Lévi-Strauss de descubrir las estructuras elementales que se hallan escondidas en esos relatos que normalmente se refieren a la naturaleza, los animales, las plantas, los fenómenos climáticos, los ritmos de la fertilidad, los pasajes de la niñez a la adultez, los ancestros y los misterios. Leí estos apasionantes tomos, cuyos títulos son desde ya un imán: “Lo crudo y lo cocido”, “La miel y las cenizas”, “El origen de las maneras en la mesa”, “El hombre desnudo”, como la recopilación de cuentos más apasionante que había caído en mis manos desde las *Mil y una noches*. Saltándome las notas y los análisis técnicos, y respetando libremente las recomendaciones de itinerarios de lectura (al estilo de *Rayuela* de Cortázar), pasé momentos inolvidables con esas historias, trágicas o divertidas, simples o enrevesadas, aterradoras o ingenuas, esos juegos de oposiciones que me iban dando atisbos de la naturaleza humana. Atisbos que no sé si interpreté correctamente, pero que de todas maneras me provocaron grandioso deleite.

No quiero dejar de mencionar otro libro de Lévi-Strauss, poco conocido pero que para mí ha sido un compañero: *La ruta de las máscaras*. Una interpretación propia suya de esta costumbre en nuestra especie de ocultar el verdadero rostro, como una forma precisamente de afirmación del yo y de su doble, la personalidad. Puedo decir que Lévi-Strauss ha sido la influencia mayor en mi modesta forma de hacer novela negra, mucho más que los miembros del santoral del género.

Siempre se repite la frase de Borges de que la filosofía o la historia son al límite formas de la literatura fantástica. Tienen que ver con fantasmas del pasado, ya sea personas, sucesos, imágenes o pensamientos. No es más ni es menos la obra de Lévi-Strauss. Muchos libros de filosofía e historia pasarán al olvido. A veces serán rescatados como pintorescos ecos de las sociedades de otrora. Pero me atrevo a afirmar que la obra de Lévi-Strauss mantendrá su vigencia, ya que forma parte del mundo de la narrativa: guarda para quien lo encuentre el tesoro del placer de la lectura.

